

SOEFFNER, HANS-GEORG. *THE DESIGNED MYTH: INVESTIGATIONS ON THE STRUCTURE AND EFFECT CONDITION OF UTOPIA*. SPRINGER, 2024, 238 pp.

Guillem Compte Nunes¹ 

¹ Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, MÉXICO

Fecha de Recepción	2025-08-05
Fecha de Evaluación	2025-09-10
Fecha de Aceptación	2025-09-26

Recientemente se ha publicado la traducción al inglés de una obra alemana imprescindible para quienes estudian las utopías o, en general, los procesos de emancipación social. El Mito Diseñado¹ se propone clarificar el concepto utopía y examinar su estructura y operación en el plano subjetivo, desde un enfoque lingüístico-semiótico. El título sintetiza la tesis principal del libro, de que la utopía transforma el mito, típicamente vehículo de ilusión, en catalizador del cambio social consciente. Esta relación entre mito y utopía vertebría el trabajo, que se aboca a explicar detalladamente cómo el primero fundamenta y motiva la utopía, aunque sin definirla. A continuación, presento un resumen y luego una crítica constructiva.

La monografía se estructura en una introducción y doce capítulos repartidos en cuatro partes y una conclusión. Inicia constatando la confusión conceptual que rodea la utopía; tal desconcierto conduce a cuatro preguntas de investigación (p. xxv) relacionadas con la configuración y el funcionamiento utópicos. Para abordarlas se realizará un análisis estructural de textos utópicos modernos y de sus fórmulas comunicativas, en concreto, el mito y el símbolo. De este modo, la Parte I empieza con una revisión de la utopía literaria del s. XVI en adelante, análisis que permite distinguirla de otros relatos, como el viaje fantástico y el idilio; asimismo, el autor observa una transición de este género hacia el ensayo a partir del s. XIX, la cual, sin embargo, no trastoca la conceptualización del fenómeno, que él deriva del análisis literario. En este sentido, como definición de forma (no de contenido ni función), la utopía supone (i) una insatisfacción con la realidad, (ii) su

¹ Todas las traducciones son de quien reseña.

crítica y (iii) la postulación e implementación de un plan viable –la ‘utopía concreta’ de Bloch (2007)–, el cual materializa la posibilidad de un mejor futuro, reconciliando el presente con el anhelo de emancipación. Se trata de un fenómeno antropocéntrico y racional, es decir, razonable y enseñable. Ahora bien, en la ficción utópica destaca el mito, lo cual abre el interrogante de su papel; de entrada, se plantea que éste encierra una carga afectiva-experiencial colectiva que motiva la reflexión e invita a la acción. Ello introduce la subjetividad del (potencial o material) utopista, que interactúa con la novela y, en particular, sus mitos: por un lado, el lector se involucra contextualizando el texto para sí y, por el otro, se posiciona ante el cuestionamiento de la realidad en el escrito.

En este punto el autor formula una distinción clave, que desarrollará durante el resto de la obra: la diferencia entre utopía e ilusión. Ambas recurren al mito, pero ésta de forma primordial mientras que aquella solo instrumental. Pese a que no emplea este término, estamos ante tipos ideales contrapuestos. La ilusión –y de manera opuesta, la utopía– es producto del mito y sus variantes, como la religión y la ideología según Mannheim (2004); no cuestiona la realidad, sino que oculta sus deficiencias; prioriza la armonía superficial mediante el borrado de conflictos y deseos para preservar una seguridad existencial acrítica; en consecuencia, promueve el conformismo intelectual y la irreflexividad; esto abona a un orden social estático, conservador, un sistema cerrado de “fin de la historia” (p. 83) y una orientación al pasado y el presente; así, se conforma una heteronomía o ‘posesión’ de las personas, sujetas a estructuras de poder de las que no son conscientes o que ellas creen son incambiables por una “mistificación de los hechos” (p. 74) –no hay alternativa imaginable al orden existente–.

La Parte II examina la comprensión instrumental del mito en la utopía. Ésta, de arraigo moderno, combina un lenguaje propiamente moderno, o sea, analítico o “digital”, con otro premoderno o “analógico”, que comprende mitos y símbolos que transmiten mensajes de naturaleza prelingüística: imágenes, percepciones, experiencias (cap. 6). La universalidad y la atemporalidad de estas figuras simbólicas paradójicamente facilitan la formación de comunidades históricas identificadas con ellas; son elementos aglutinadores de energías y aspiraciones colectivas. Esta dinámica utópica con base en el símbolo se precisa en la Parte III. El autor muestra aquí su predilección teórica por el psicoanálisis, al que recurre para definir esta noción como “signo (...) determinado por (...) la similitud (...) de significado y significante” (p. 128). Los símbolos, aunque sobresaturados de significado ambiguo y hasta contradictorio, se abren a lo posible (real-imaginable) y problematizan lo real-observable. En la línea psicoanalítica, la utopía constituye un “soñar despierto colectivo” (p. 158), un síntoma de una realidad “neurótica” integrado por símbolos

(articulados en mitos o no) que ‘tratan’, como “terapia”, tal realidad (p. 133): la critican, sugieren alternativas, movilizan anhelos y visiones; en fin, propician el cambio social. Es más, la utopía puede interpretarse como un mecanismo de compensación de un deseo colectivo inconsciente de superar la muerte por medios humanos, sin la enajenación que comporta la ilusión; en contraste, el rechazo a la utopía sería un mecanismo de defensa por parte de esquemas mítico-religiosos ilusorios. De este modo, la verdadera aportación de la utopía no consiste en planes utópicos concretos, sino en ‘abrir’ la realidad por medio de la “razón práctica” (p. 66): es un “modelo de pensamiento” de base simbólica-mítica (p. 165) que implica tomar seriamente lo posible, lo cual supone decidir y, por tanto, arriesgarse; pero sin responsabilidad no hay libertad. De ahí que la función utópica –que se añade al concepto de forma anteriormente delineado– sea promover la autonomía.

Establecida la definición formal y funcional de utopía, su estructura y operación subjetiva, y el rol del mito en ella, la Parte IV la contextualiza en la Ilustración, movimiento al que el autor atribuye su configuración original e impulso. La Ilustración modela el empleo de la razón práctica para el avance del humanitarismo de la autonomía. Varios dispositivos cognitivos ilustrados proporcionan a la utopía herramientas para emanciparla –y emanciparnos– de la ilusión: la crítica social, que conlleva la autocritica; los principios de corregibilidad y falsabilidad, que permiten la actualización de los planes utópicos para ajustarse a nuevas o cambiantes realidades; y la subordinación de la fantasía a la racionalidad. Para sustentar este argumento ilustrado, el autor trae a colación la coincidencia de su concepción utópica de corte reflexivo con la teoría del desarrollo moral de Kohlberg y la jerarquía de necesidades de Maslow (pp. 198-199). Por último, atendiendo al impulso utópico ilustrado, revisa el desdoblamiento histórico del fenómeno. Inicialmente, la perdida de autonomía en la antigüedad, manifestada en todo tipo de servidumbres, fue recobrada a través de la utopía de la ciudad, luego el Estado; pero hoy día la utopía tiene un carácter postestatal y neomarxista, porque el Estado y la propiedad burguesa se han convertido en ilusión, es decir, son obstáculos para la autonomía. A futuro el autor anticipa la abolición de la dominación y la reducción de la dependencia entre personas al máximo, en otras palabras, una autonomía basada en el individuo, no el colectivo, en contraposición a la primera utopía.

En el cierre (Parte V) el autor insiste en esta tesis de la utopía ilustrada: reitera que la utopía, como proceso emancipador en el sentido de profundizar en la autonomía de las personas –contra mito y religión–, es el mayor logro de la Ilustración y continuará su acción transformadora en personas y sociedades. Concluida la síntesis del libro, doy paso a una crítica.

Estamos ante una monografía utópica en sí misma, ya que facilita el cuestionamiento de la propia utopía. El autor abre la caja negra en la que con frecuencia se queda la consideración conceptual de la utopía y realiza interesantes apreciaciones sobre su relación con el mito, de una parte, y el marco ilustrado, de la otra. Aprovecho esta invitación a la reflexividad para formular los siguientes comentarios. En primer lugar, esta traducción da acceso a la literatura utópica alemana, usualmente inasequible por razones idiomáticas; no obstante, la obra se vería fortalecida si acudiese a fuentes premodernas (p. ej. crítica al mito en la filosofía griega, Pico della Mirandola sobre la plasticidad de la naturaleza humana) o de otras disciplinas más allá de los estudios literarios y el psicoanálisis (p. ej. Castoriadis sobre la reflexividad), y a referentes anglosajones o latinoamericanos en los estudios utópicos (p. ej. Levitas, Wright, Aínsa).

Destaca la creencia del autor en el proyecto moderno-ilustrado, pero no queda suficientemente demostrado el origen moderno de la utopía. Del surgimiento del género utópico en el s. XVI no sigue que el fenómeno también inicie entonces; acaso la literatura refleje una realidad preexistente en vez de crearla. Además, la supuesta maternidad ilustrada de la utopía está sujeta a las críticas tradicionales a la modernidad europea, de los rasgos ilustrados que el autor explícitamente imputa a la utopía: racionalismo, eurocentrismo, teleología del progreso y tendencia al individualismo.

Este supuesto origen ilustrado de la utopía determina el punto de partida del análisis, la utopía literaria, lo cual, por un lado, condiciona la definición de utopía en un sentido claramente positivo, o sea, se la idealiza. Tanto la forma (razón práctica ‘saludable’) como la función (autonomía) de la utopía se ajustan a la ideología ilustrada. Por otro lado, la omisión de utopías observables sesga el análisis a la dimensión subjetiva; se desliga la utopía de prácticas sociales relevantes para comprenderla, en particular (i) las asimetrías de poder en los grupos y (ii) la propensión de las y los utopistas a obsesionarse con los planes utópicos. En realidad, los liderazgos y el compromiso vital con el grupo y su plan construyen mitos en el seno de la utopía –ilusiones– que no pueden ser simplemente ignorados o erradicados por definición, porque son transversales a los colectivos. Por consiguiente, la utopía sería más bien un proceso dialéctico entre desmitificar y mitificar; de hecho, han sido identificadas dos grandes familias utópicas correlativas a estos polos: utopías de la liberación y del orden (León del Río, 2002).

A raíz de esta idealización de la utopía, parece postularse un ‘espíritu utópico’ al que se atribuye una voluntad histórica propia, por encima de referentes empíricos, o sea, se delinea el deber-

ser de la utopía (pp. 147, 166-167, 180-181, 188, 202, 211), lo cual recuerda al idealismo utópico de Bloch (2007). Se separa lo ‘real’ –la utopía en sentido ideal– de lo empírico –las mediaciones utópicas, que pueden o no implementar ‘correctamente’ lo ‘real’–. Empero, esto contradice la definición de utopía, porque el idealismo no es falsificable; la utopía cae en el mito –la idea– que tanto critica el autor.

Para terminar, en la estela de Comte (2004), se proponen dos estadios de desarrollo humano: uno religioso, de una humanidad “inmadura” centrada en la conservación de la realidad y la sublimación del deseo emancipador mediante la sujeción al mito (salvación heterónoma); y otra etapa “madura”, orientada a la autonomía a través del cuestionamiento de la realidad (autosalvación) (pp. 185-186). Sin embargo, ¿las personas pueden dejar de mitificar? Es un debate abierto, pero cabe señalar que, por ejemplo, la teoría de la secularización ha sido desacreditada. A mi entender, el mito es constitutivo de personas y sociedades; no es socialmente extirpable, porque responde a necesidades básicas (apego, estabilidad, certeza). En lugar de asignar un mito ‘bueno’, motivador, a la utopía y otro ‘malo’, hipnotizador, a la ilusión, sería más acertado, pienso, considerar que el mito opera en la utopía para revolucionar y estabilizar, y que en esta tensión radica justamente la productividad social de la utopía.

Dicho lo anterior, recomiendo la lectura de la obra dado que concuerdo con el autor en que, finalmente, es en el desarrollo de la reflexividad –a la que incita este libro, en cada persona a su manera– que se encuentra el quehacer utópico y la emancipación social.

REFERENCIAS

- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. Trotta.
- Comte, A. (2004). *Curso de filosofía positiva*. Need.
- León del Río, Y. (2002). ¿Por qué utopía? *El Catoblepas*, 7. <https://www.nodulo.org/ec/2002/no07po5.htm>
- Mannheim, K. (2004). *Ideología y utopía*. FCE.